





ANIMAL EMPALABRADO

[4]

DANIEL TOMÁS QUINTANA

ANIMAL EMPALABRADO



Mascarón de proa

2019

A los seres que me hicieron beneficiario de la ternura.

PRÓLOGO

Un hombre duerme, se baña, lee, escucha la lluvia, ama, vive con la palabra despierta bajo los párpados, busca la luz, se asfixia en la oscuridad, se quiebra ante el cansancio o el deseo.

Un hombre siente el chasquido apresurado de la sangre en estallidos verbales y dice *¡y qué!, ¡y cómo!*

Ese hombre con ganas de volverse viento, ha dejado salir el misterio de su adentro, se mancha los dedos con la tinta que lo busca y suenan los versos en él como el zig-zag de una fina ternura que nace así, con amorosa potestad.

Daniel Tomás Quintana, –el hombre, el poeta– tiene, sin embargo, muy firmes los pies sobre la tierra. Su mirada cae sobre los seres y las cosas para decirlos con absoluta naturalidad y belleza.

En su “ANIMAL EMPALABRADO”, edificado en su mayoría con poemas de cortedad precisa, de escasa métrica y organizados en columna, viajan los pensamientos desde la tempestad del aire y del hambre hasta la delicia de una garúa cayendo sobriamente desde el cielo. Esta poesía es, por lo tanto, a veces un río tumultuoso que despierta, en el que hay que nadar a brazadas continuas, bravías, y otras veces un faro que atrapa con su luz. En ambos casos, el poeta desnuda una gran horizontalidad humana, un interrogante abierto e íntimo que raspa en las profundidades ontológicas, como quien se interna en un río buscando algún oculto verdor.

Los 27 poemas que abren la primera parte bajo el pensamiento magistral de Hamlet Lima Quintana, el poeta se define diciendo: “...soy un teorema/ inexplicable”, “soy/ un insólito animal empalabrado”, y también: “Soy el hombre/, que desentierra soledades”, expresiones que no son precisamente “escuálidas” sino que hablan de quien escribe para quitarle al silencio su armadura.

Y ya libre del silencio, aquí viven poemas sobre sí mismo, sobre la poesía, el porqué de su escritura, la propia *búsqueda* interior, la mirada hacia afuera desde un bar que abarca el mundo: “Me quito los anteojos/ miro la calle,/ la plaza,/ la vida,/ con estos ojos/ desven-
cijados/ por la herencia/ imprescriptible/ y el galope de las décadas/ sobre este cuero/ que cobija mi esqueleto”.

Una gran y variada amplitud temática define el contenido de este libro escrito detrás de la ventana. Daniel construye un fuerte armazón subjetivo donde registra la desarmonía de los hombres en relación con el mundo, donde el yo poético reflexivo se desliza a trasluz de todo negativismo en una intencionalidad de “Apropiarse del grito/ y convertirlo en bandera”.

Es la palabra de Mario Benedetti la que abre el próximo cuerpo donde el amor se filtra, pasional y tierno. La mujer es presencia con su desnudez soberbia y delicada.

Boca, beso, vientre, manos, son tembladeral desflorado en risa, saliva, lluvia. Es la mujer amorosamente sentida, la que libera las espesuras de la noche y abraza en su universo real. “Cuando mi nombre/ ocupa tu boca/ y usurpa labios,/ lengua y dientes,/ un incendio/ de lluvia/ cae sobre la sangre/ de los días.”

Julio Cortázar acompaña seguidamente el vuelo poético del tercer cuerpo. Aquí la esperanza se viste de su propia espera, se enlaza con la ternura y marcha de viaje sobre una calesita.

A mi humilde criterio, tal vez sean éstos los poemas que más recrudescen el dolor y la tristeza, la asfixia de lo irremediable en el cuerpo roto de una niña. Y la aparición de la muerte a contraviento de toda luz, muertes devaluadas, sin llantos ni cruces, aunque sea *“unánime y maldita”*.

La muerte que viene a cumplir su faena, se ahueca en la diagonal izquierda, en el fuelle respiratorio del ser. Tristeza y poesías húmedas de dolor. Daniel Quintana dice: *“Los niños caen/ como moscas/ inocentes”*.

En el cuarto cuerpo del libro, nos espera el pensamiento exquisito de Federico García Lorca, que dice: *“La poesía es algo que anda por las calles”*. Adhiero. Adhiero absolutamente a tan certeras palabras que sobreviven a cualquier tiempo.

También, con su lenguaje bellamente cotidiano, subjetivamente conceptual en el uso estético de recursos adecuados, el poeta recurre a la magia de adjetivos, metáforas, personificaciones que nos ponen frente a un barquito de papel o a la conmovedora melancolía de los perros.

Poesía-ofrenda, el vivir cotidiano que nos hace abrir las manos para atrapar el atardecer, encontrar la risa haciendo malabares y sentir que en esta parte conviven; garúa, viento, luna, cielo, tormenta, setiembre, una mujer con labios carnosos, un cortejo de nubes bravas, todos en *milagrosa* compañía: *“Tomar el día/ entre las manos/ y remontar su barrilete/ como si fuera un beso/ del ángel que camina/ a mi costado.”*

Para el final, las palabras sabias de Cristina Lacasa, acompañando. Y es la tierra propia y la ajena –con su preñez de ausencia– que ondea de este a oeste entre mareas y montañas. El poeta es luna herida al nombrarla, corazón al viento al definirla. La lluvia y los recuerdos muerden la cintura de la nostalgia. Tierra y agua en derredor viviendo en metáforas eternas. La tierra con su primitivo olor llenando los pulmones del poeta: Chile, Uruguay, Mendoza, Buenos Aires, Junín, Tucumán, Deán Funes y las sierras y el Pacífico. Geografía tallada en la espalda.

Finalmente, encontrarse con este libro es como estar en presencia del tronco de ese árbol que soporta hachazos. Con su verdad, aquí la poesía está de pie porque Daniel dice:

“Al fin y al cabo/ soy tan sólo un poeta/ crecido en este valle/ incrustado en la rosa/ caprichosa/ de los vientos”.

SUSANA ZAZZETTI
Villa María, Córdoba

PARICIÓN

Los libros no nacen cuando las palabras bullen como locas en la mente, en las tripas o en los huesos.

Tampoco cuando se las deja caer sobre la libreta, la servilleta o la pantalla.

Ni siquiera, cuando ya juntas se enamoran o se odian sin remedio o cuando se meten bajo el cielo de tinta de la imprenta y se toman de las manos en las páginas.

Los libros nacen, llenan los pulmones con el aire inaugural y dan su vagido estridente, en el preciso momento en que otros ojos, ajenos, curiosos, pasean por sus calles de letras intrincadas y se pueblan de asombro, amor o tedio.

Recién entonces el libro-hijo corta el cordón umbilical, se yergue sobre sus piernas indecisas y comienza a caminar hacia su destino de memoria o de olvido.

*Dadle al Poeta
la cuchara del albañil.*

*Dadle la cal
y los cantos de las cunas.*

*Dadle las palabras
que crecen entre surcos.*

*Dadle todas las lágrimas
que contiene una hora de vida.*

*Dadle la música
de los silencios ciudadanos.*

*Y dadle un poco de viento
para que pueda fabricar los sueños.*

HAMLET LIMA QUINTANA

RETRATO

Soy una urdimbre
de células diversas
reunidas
por voluntad de Dios
o, quizá, del caos
que rige el universo.

Un manojo
de genes heredados,
una confluencia
de vertientes ignoradas,
una ecuación,
un teorema
inexplicable.

Soy una confusión
de huesos, carne,
sangre y sueños,
un mágico
latido repetido,
una alianza química
incierta y misteriosa.

Soy un hombre
que escribe,
un insólito animal
empalabrado.

EXHUMADOR

Cavo con mis manos
en el cielo.

Busco tumbas,
huesos de estrellas
fallecidas,
sombras de eclipses
extraviados,
hilachas de cometas
extinguidos.

Soy el hombre
que desentierra
soledades.

SOY

Caliento mis manos
y estos huesos viejos
que aún sostienen
carne y utopías,
en la hoguera del día.

Desgrano las cuentas
del rosario del miércoles:
horas, gestos, silencios,
iniquidades varias
y hasta algún conejito
en una vieja galera.

Soy un clérigo impío,
un profanador de sueños,
el insolente amante
de una luna inexistente,
el incendiario que quema
palabras en el hollín
de la noche.

OSARIO

Algunas veces,
usurpo la cueva
donde blanquean
su osamenta
los poemas
muertos en batalla
y me robo
la calavera ciega
de una metáfora.

POESÍA I

Encerrar palabras enemigas
entre cuatro paredes.

Lapidar la celda
a cal y canto.

Observar por el agujero
de la cerradura.

Esperar la guerra
o la celebración
del armisticio.

Poesía, le llaman
los que saben.

ANATOMÍA

Escoger una palabra.
No importa cuál.

Digo, por ejemplo,
relámpago,
insomnio,
astrología.
Estaquearla,
cara al cielo,
sobre el lomo de una hoja
o colgarla a la intemperie
cabeza abajo.

Pronunciarla,
repetirla hasta el hartazgo,
saborearla
y convertirla en un puñadito
de sonidos
con pocas pretensiones.

O, en una de esas,
descuartizar sus miembros,
destriparla, desarmarla,
observar sus vísceras,
sus intrincados mecanismos,
sus procesos vitales,
hasta desentrañar
su destino en el poema
aún no escrito.